



SACERDOCIO COMUN Y SACERDOCIO MINISTERIAL DISTINCION Y RELACIONES

Albert Vanhoye, S.J.

Un insigne profesor del Pontificio Instituto Bíblico de Roma desarrolla un tema que nos puede ayudar inmensamente a comprender mejor la esencia de la vocación cristiana, en cualquier forma de servicio que se concrete. El artículo que aquí condensamos apareció originalmente en Nouvelle Revue Théologique, 97 (1975), 193-207

¿Hay algún elemento específico en el sacerdocio ministerial?. ¿Qué diferencia existe entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial?.

Para dar una respuesta adecuada hay que buscar un camino entre dos escollos opuestos: el de la confusión y el de la separación. Una separación excesiva lleva negar en la práctica el sacerdocio común. Un querer afirmar el valor del sacerdocio común puede llevar a una confusión de todo y a no dejar lugar para el sacerdocio ministerial: o bien todos los ministerios pueden ser ejercitados por los laicos, o bien se dice que por ser sacerdotes en su vida concreta, no necesitan ya de ministerios.

Es importante pues clarificar la distinción y la relación entre ambos. Distinción sin separación, relación sin confusión, de modo que cada uno tenga su justo valor.

1. Novedad de la posición cristiana respecto al sacerdocio.

El N.T. se muestra extremadamente reticente respecto a las categorías sacerdotales del A.T. bajo su aspecto ritual. Los Evangelios nunca aplican a Cristo el término "*hiereus*", ni dicen que se haya ofrecido en sacrificio. Frecuentemente expresan una posición polémica contra la concepción ritual de la religión (cfr. Mc. 7 y par.). Tampoco Pablo emplea *hiereus* ni *archiereus*. Jamás en el N.T. se da un título sacerdotal a los ministros de la Iglesia. Un pequeño número de textos hablan de los cristianos como sacerdotes (1 P 2,5-9; Ap 1,6; 5,10; 20,6).

Por lo que respecta a Cristo hay un escrito del N.T. que es la excepción. La carta a los Hebreos aplica a Cristo los títulos de "*hiereus*" y "*archiereus*" y describe la obra de Cristo en categorías sacerdotales. Pero este documento insiste mucho en las diferencias y nos permite así comprender mejor la reticencia de los otros. El autor observa que el culto antiguo era ritual, exterior, convencional. Frente a él opone el culto real, personal, existencial inaugurado por Cristo.

La concepción antigua presentaba una santificación negativa, realizada por medio de separaciones rituales. Cristo por el contrario nos presenta una santificación positiva, obtenida en la existencia concreta.

La percepción de esta diferencia radical es la que lleva a los cristianos a abstenerse, en un principio, del vocabulario antiguo. Más tarde se hacen más sensibles al hecho de que el misterio de Cristo constituye la plenitud del culto antiguo y utilizan las categorías antiguas, pero señalando bien las diferencias.

Hebreos subraya en el culto antiguo el mantenimiento de las separaciones:

- Separación entre pueblo y sacerdote (el pueblo no puede entrar en el santuario, sólo el Sumo Sacerdote).
- Separación entre sacerdote y víctima (el sacerdote no se puede ofrecer a sí mismo porque es pecador; la víctima no se puede ofrecer a sí misma, porque es bestia).
- Finalmente la imposibilidad de una verdadera unión entre la víctima y Dios, pues un animal no puede obtener una auténtica comunión con Dios.

En Cristo todas las separaciones son abolidas. Se ofrece a sí mismo. En lugar de animales ofrece su obediencia personal que le lleva hasta la muerte (He. 10,5-10). No ha buscado ceremonias simbólicas, convencionales, sino que ha tomado su propia existencia. En Cristo queda borrada la distinción entre sacerdote y víctima, entre culto y vida. Por otra parte este sacrificio, cumplimiento de la voluntad de Dios, transforma la humanidad de Cristo y la une perfectamente a Dios. Así se suprime de golpe tanto la separación entre la víctima y Dios como la de entre el sacerdote y Dios. La última separación entre el sacerdote y el pueblo, queda también abolida porque el sacrificio de Cristo es un acto de solidaridad extrema con los hombres, en que Cristo toma sobre sí su muerte de pecadores.

Esta abolición de todas las separaciones cambia totalmente la situación religiosa de los hombres y constituye el fundamento del sacerdocio común de la Iglesia entera.

2. Consecuencia: sacerdocio común de los cristianos.

Las barreras entre el pueblo y Dios han sido suprimidas. Ya no es sólo el sumo sacerdote el que tiene el privilegio de poder entrar una vez al año en el santuario. Todos los cristianos tienen acceso a Dios.

Otro aspecto importante del sacrificio es la ofrenda del sacrificio. Todos los cristianos son invitados a ofrecer sacrificios. El N.T. no hace distinción en esto entre sacerdotes y simples fieles. Pero se trata de sacrificios de un género nuevo; deben ser hechos según la imagen del sacrifi-

cio de Cristo. Todos los cristianos son invitados a ofrecer, no ritos convencionales, sino su propia existencia.

San Pablo presenta esta perspectiva en un pasaje importante de Romanos, pasaje que introduce la parte exhortativa:

"Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcais vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual" (Ro.12,1).

Pablo emplea raras veces el vocabulario sacrificial o sacerdotal. Aquí lo hace para indicar, no una ceremonia cristiana, sino la ofrenda de la existencia cristiana, e inmediatamente relaciona este tema con el de la búsqueda de la voluntad de Dios (Ro.12,2). El sacrificio de Cristo se define en efecto como obediencia (Fil.2,8; Ro.5,19), adhesión concreta a la voluntad de Dios. El mismo sacrificio personal se requiere de todos los cristianos.

Hebreos sigue la misma orientación. Tras haber recordado que Cristo ha venido para "hacer la voluntad de Dios" (10, 7-9) ofreciendo su propio cuerpo (10,10), el autor exhorta a los cristianos a "hacer" ellos también "la voluntad de Dios" (10,36; 13,21; cfr. 5,8-90).

Al mismo tiempo que obediencia filial hacia Dios, el sacrificio de Cristo fue un acto de solidaridad con los hombres hasta la muerte. Paralelamente los sacrificios de los cristianos deben consistir en una vida de caridad:

"No os olvidéis de hacer el bien y de poner en común los recursos; esos son los sacrificios que agradan a Dios" (Heb.13,16).

Esta definición de los sacrificios cristianos se encuentra situada inmediatamente después de un pasaje en que el autor se opone a la antigua concepción del culto, que daba una importancia fundamental a las observancias externas. En adelante ya no se puede concebir a la religión como un conjunto de prácticas exteriores, de gestos convencionales que se añan

den a la vida. San Pablo polemiza en el mismo sentido en varios pasajes (Gál.4,9-10; 5,6; Col.2,16,20-22). Es en la existencia misma donde ahora debe establecerse la religión. El sacrificio de Cristo no ha consistido en ritos exteriores. Cristo ha tomado su propia existencia transformándola, gracias a la oración, en una ofrenda perfecta presentada a Dios (cfr. Heb. 5,1-8; Mt. 26,35-42). Los cristianos deben a su vez tomar su propia existencia y hacer de ella una ofrenda a Dios. Lo mismo Pedro (cfr. 1 Pe.2,5 en contexto de buena conducta 1,22-2, 12).

El culto cristiano no consiste, pues, en ritos materiales, sino en sacrificios que son a la vez espirituales y reales, i.e., en sacrificios que parten del fondo del alma, dócil al Espíritu Santo (sacrificios espirituales). En otras palabras se trata de asumir según la inspiración de Dios todas las responsabilidades concretas (personales, familiares, sociales, nacionales, internacionales).

3. Afirmaciones del sacerdocio común.

Para designar este aspecto fundamental de la vida cristiana, la palabra "sacerdocio" no aparece en San Pablo -tampoco la aplica ni siquiera Cristo. En su sentido antiguo, ritual, se aplica mal a la nueva realidad de un sacerdocio existencial.

Hebreos muestra que los cristianos gozan de privilegios sacerdotales, pero tampoco les llama explícitamente sacerdotes. Lo hace implícitamente cuando después de haber llamado a Cristo "sumo sacerdote" (2,17; 3,1) declara que "hemos venido a ser partícipes de Cristo" (3,14). Se entiende que ser partícipe de Cristo es ser partícipe del sacerdocio de Cristo. Hebreos 10,14 confirma esta interpretación: "mediante una sola oblacion ha llevado a la perfección para siempre a los santificados". La traducción no puede expresar todos los matices del verbo "teleioun", ver perfecto. En los Setenta tiene un sentido sacerdotal; designa la consagración de los sacerdotes. En Hebreos el autor tiene en cuenta este sentido; en 2,10; 5,9; 7,28 se aplica a Cristo y del contexto se ve que se refiere a la consagración sacerdotal de Cristo,

consagración no ritual, sino real, que se hace por medio de los sufrimientos (2,10;5,8) y consiste en una transformación profunda de la humanidad de Cristo; esta consagración es pues un verdadero "llevar a la perfección". El texto más claro es 5,8-10: "con lo que padeció aprendió la obediencia y llegado a la perfección... ha sido proclamado por Dios sumo sacerdote".

El verbo "llevar a perfección" se aplica a la transformación radical de la humanidad de Cristo por la cual queda hecho sacerdote.

Esta consagración tiene un aspecto nuevo, diferente a las consagraciones antiguas. En el sistema antiguo la consagración vale únicamente para el que la recibe, convirtiéndolo en sumo sacerdote y habilitándolo para entrar en el santuario. En el caso de Cristo la consagración vale también para el pueblo. El mismo verbo se usa en pasiva: "Cristo fue hecho perfecto, fue consagrado" y en activa: "Cristo vuelve perfecto, consagra". En el acontecimiento de la Pasión, Cristo "fue hecho perfecto" (5,9) y "ha hecho perfectos para siempre a aquellos que él santifica". Cristo recibe el sacerdocio y al mismo tiempo lo comunica.

La explicación de esta novedad reside en el hecho de que la consagración de Cristo ha sido verdaderamente una transformación del hombre que se ha realizado por un acto de solidaridad, un acto solidarizante. Por eso la consagración no vale únicamente para un hombre sino para el hombre, para todos los hombres, a no ser que ellos mismos se cierran a la eficacia de este acto (cfr. Heb.5,9).

La afirmación se hace explícita en varios pasajes del Apocalipsis (1,6; 5,10; 20,6) de parecido contexto en que se relaciona el sacerdocio de los cristianos con la sangre de Cristo. La expresión está tomada del Exodo 19,6, según el texto hebreo. Del mismo pasaje del Exodo, pero en la versión griega de los Setenta proviene la expresión del 1 Pe:

"Al acercaros a él, piedra viva desechada por los hombres, pero elegida y digna de honor a los ojos de Dios, también vosotros, como piedras vivas, vais entrando en la

construcción del templo espiritual, formando un sacerdocio santo, destinado a ofrecer sacrificios espirituales que acepta Dios por Jesucristo" (I Pe 2,4-5).

"Pero vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido" (I Pe 2,9).

Este texto nos lleva en primer lugar al sacrificio real, existencial de Cristo, rechazado por los hombres y glorificado por Dios; expresa a continuación la vocación de los cristianos a hacer ofrendas semejantes, i.e. no rituales, si no "espirituales" (el contexto muestra que "espirituales" no se opone a "reales", sino que por el contrario exige ese aspecto). Ahí es donde se sitúa la afirmación del sacerdocio común.

Al sacerdocio real de Cristo corresponde pues el sacerdocio real de todos los cristianos, invitados a acercarse a Dios con su vida concreta.

4. El lugar del sacerdocio ministerial.

Entonces ¿cuál es el lugar del sacerdocio ministerial? Tiene un lugar que es a la vez indispensable y subordinado. Hasta ahora hemos insistido en las semejanzas entre el sacerdocio real de Cristo y el de los cristianos. Pero hay una diferencia fundamental: Cristo ha sido capaz de realizar personalmente el culto existencial perfecto (cfr. Heb.9,14); los cristianos no son capaces de realizarlo por ellos mismos. Es únicamente unidos a Cristo como pueden llevar su vida hasta Dios en una caridad auténtica hacia sus hermanos. Todos los textos que hemos citado expresan esta necesidad, aunque no lo hayamos subrayado. El texto de I Pe, el más explícito, es particularmente organismo sacerdotal. No se trata pues de un sacerdocio individual, sino de un sacerdocio común, sacerdocio de todo el cuerpo de Cristo unido. Y la relación con Cristo es el más importante elemento: lo expresa Pedro al comienzo y lo repite al final: los sacrificios son "acceptos por mediación de Jesucristo".

Los otros textos presentan indicaciones semejantes.

En el sacrificio de Cristo se distinguen pues dos aspectos: el aspecto del culto y el aspecto de la mediación. El aspecto del culto se encuentra en el sacerdocio de todos los cristianos, llamados a abrir a la acción transformante de Dios su existencia concreta. El aspecto de la mediación pertenece exclusivamente a Cristo. "Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos" (1 Tim.2,5).

La posibilidad para los cristianos de rendir culto a Dios no existe sin la mediación de Cristo.

Esta situación debe ser manifestada objetivamente de alguna manera en la vida cristiana, ya que es fundamental para el sacerdocio de los cristianos. En esto precisamente consiste la función del sacerdocio ministerial: ser el sacramento de la mediación de Cristo, manifestar la presencia de Cristo mediador, de modo que los cristianos puedan acoger explícitamente esta mediación.

Al servicio de Cristo, "mediador de una nueva alianza" (Heb. 9,15;8,6) son constituidos "ministros de la nueva alianza" (2Cor.3,6), que actualizan su presencia a través de la diversidad de tiempos y lugares. Su capacidad para ejercer esta función no es de origen humano sino divino (2 Cor.3,5). Asumen el "ministerio de la reconciliación" (2Cor 5,18) no por propia autoridad, sino como embajadores de Cristo (2Cor.5,20; cfr. Mt.28,16-20; Jn.20,21-23).

El Sínodo de 1971 habla del "único ministerio del Nuevo Testamento, que continúa la función del Cristo mediador ..." (Ira. parte n.4). La referencia a Cristo mediador parece preferible a la de Cristo cabeza, que vela la función propia de Cristo sacerdote de poner la comunidad en relación con Dios y puede además favorecer una concepción autoritaria del ministerio.

Puede aquí ser útil precisar la distinción entre el culto sacramental cristiano y el culto simplemente ritual. Ambos comportan ceremonias simbólicas. Pero en el culto an

tiguo tales ceremonias no estaban en relación con una ofrenda existencial total y perfecta, por la sencilla razón de que tal ofrenda no existía. Se pensaba que el culto tenía valor en sí mismo. Los sacramentos cristianos, por el contrario, no se presentan como ceremonias que tienen valor en sí mismas. Todo su valor les viene de su relación con la la única ofrenda existencial y perfecta que existe: la de Cristo y de la posibilidad que dan a los fieles, gracias a esta relación, de transformar su propia existencia concreta.

Siendo sacramental, el sacerdocio ministerial es, en cierto sentido, secundario, o mejor, subordinado. Lo que importan son las existencias reales. El sacerdocio ministerial no es el fin, sino el medio para poner en relación las existencias reales (la de Cristo y la de los cristianos). Está al servicio del sacerdocio de Cristo y del sacerdocio común. Sin el de Cristo no tendría contenido, sin el común no tendría utilidad ni sentido. Por eso es secundario.

Sin embargo es indispensable, porque sin este medio de relación la existencia de los cristianos no estaría efectivamente sometida a la mediación de Cristo y no podría por tanto transformarse en un sacrificio digno de Dios. Rehusar esta mediación sacramental equivale a rehusar la mediación de Cristo para caer en el subjetivismo y el individualismo religioso. Se opone a la economía de la encarnación y a la existencia de la Iglesia como cuerpo de Cristo.

Una observación hay que hacer aquí. La mediación de Cristo no consiste en poner a cada fiel individualmente en relación con Dios, sino que consiste en unir a todos los creyentes en un solo pueblo de Dios. Lo mismo que el sacrificio de Cristo fue al mismo tiempo un acto de unión con Dios y de unión con los hombres, también su mediación comprende indisolublemente unidos estos dos aspectos, reagrupar a todos los hombres y unirlos a Dios: "Pues por él, unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu" (Ef.2,18). No se puede aceptar la mediación de Cristo para ir a Dios sin aceptar al mismo tiempo entrar en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

Como signo de Cristo mediador, el sacerdocio ministerial además de dar concretamente a cada fiel la posibilidad

de unir su propia existencia a la de Cristo, tiene por función estructurar al cuerpo de Cristo y hacer de él una unidad. Según Ef. 4,12, los ministerios son establecidos por Cristo para "organizar los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe...". Se ve que el sacerdocio ministerial es necesariamente jerárquico. La Iglesia no es una masa informe, sino una construcción orgánica (Ef.2,20-22). Para darle "trabazón y cohesión", Cristo se sirve de todo un conjunto de "junturas y ligamentos" constitutivos. (Ef. 4,16; Col.2,19).

La expresión de I Pe.2,5-9 no se debe entender sólo del sacerdocio común, con exclusión del ministerial. En realidad se refiere a todo el sacerdocio de la Iglesia, constituida por su adhesión a Cristo en "organismo sacerdotal".

5. Relaciones entre sacerdocio ministerial y sacerdocio común.

La diferencia no es sólo de grado sino de naturaleza (L.G.,10; Sínodo 1971 1,4). Comparado con el sacerdocio común debe decirse que el ministerial es más específicamente sacerdotal y menos realmente sacerdotal. Más específicamente sacerdotal porque el elemento específico del sacerdocio es la mediación entre Dios y los hombres, y el sacerdocio ministerial es el sacramento de la mediación de Cristo, signo e instrumento de Cristo mediador, cosa que no lo es el sacerdocio común.

Menos realmente sacerdotal, porque es solamente sacramental, i.e. signo de la realidad. Por el contrario, el sacerdocio común es ofrenda real de la existencia a Dios. Pero se trata de aspectos diferentes del sacerdocio: el sacerdocio común es culto real, el sacerdocio ministerial es mediación sacramental.

6. Necesaria participación de los presbíteros en el sacerdocio común.

El sacerdocio común es verdaderamente común, de toda la Iglesia. Es un error concebirlo como reservado a los laicos.

Todos los cristianos, incluyendo, por tanto, sacerdotes, obispos y papa, están llamados a ejercer el sacerdocio común. Si no, su unión con Cristo no será real, personal, existencial. De hecho el mismo sacerdocio ministerial implica una llamada a ejercer el sacerdocio común, i.e., a unirse al sacrificio de Cristo por la ofrenda de la propia existencia. Los relatos evangélicos de vocación no separan los dos aspectos: llamamiento a compromiso personal y comunicación de poderes que no son humanos.

En la vida y ministerio de los sacerdotes conviene distinguir los dos sacerdocios. Distinguir, no separar. Distinguir es útil para claridad de los conceptos doctrinales; separar, en cambio, contradiría a la vocación concreta.

Antes del Sínodo 1971 se expresaron puntos de vista contrarios a la distinción. Por ejemplo, la relación de la Comisión teológica: "Todos los actos del sacerdote están cualificados, en virtud de su ordenación, por su ministerio sacerdotal... Hemos ya insistido: no se puede concebir que hay momentos en que el sacerdote, por actuar en su iglesia o en el servicio ministerial actúa como sacerdote, mientras que el resto de su vida deberá sentirse como cualquier otro hombre". "El no hará ya nunca más nada en laico".

Esta posición no tiene en cuenta el sacerdocio común. Es necesario distinguir: el sacerdote está llamado a vivir siempre el sacerdocio común, ya que todo cristiano está llamado a ofrecer toda su vida, sea que coma, sea que beba, cualquier cosa que haga (cfr. 1Cor.10,31; Col3,17). Pero no siempre ejerce su sacerdocio ministerial; cuando come, cuando descansa, no ejerce su ministerio, no es signo de Cristo mediador; sin embargo debe estar unido a Dios por Cristo, cosa que corresponde al sacerdocio común. Más que convertir en ministeriales todas las acciones, la ordenación lo que hace es imponer una condición a todas las demás actividades y en ese sentido sí penetra toda la existencia.

Es en cambio el sacerdocio común el que sí vuelve sacerdotales, oblativas, todas las acciones de la existencia, incluyendo las mismas actividades ministeriales. En todo ministerio hay un aspecto sacramental de la actividad que pertenece al sacerdocio común.

Por ejemplo, la celebración de la Eucaristía. El sacerdote es signo e instrumento de Cristo mediador que se ofrece al Padre y une a los creyentes a su ofrenda. La consagración es acción ministerial, no acción personal que depende del mérito del sacerdote. Pero mientras celebra, el sacerdote mismo es llamado a adherirse personalmente al misterio; si sacrílegamente rehusa, la misa sigue siendo válida: los fieles pueden unirse al sacrificio de Cristo. El sacerdote habrá ejercido su sacerdocio ministerial, aunque haya rehusado ejercitar el sacerdocio común. Existen casos más complejos, ya que el sacerdocio ministerial no consiste únicamente en administrar los sacramentos, sino también en transmitir la palabra de Dios y dirigir al pueblo de Dios en nombre de Cristo pero siempre habrá un aspecto ministerial y un aspecto personal.

Los fieles tienen necesidad del aspecto ministerial. Considerado materialmente en sí mismo, el texto impreso de la Biblia no es palabra viva de Dios, es la letra (cfr. 2Cor. 3,6). Para que se convierta en palabra viva de Dios hace falta que sea trasmitida actualmente por el Cristo vivo. El magisterio de la Iglesia, y ahí tiene su lugar la enseñanza de los sacerdotes, es el signo y el instrumento de esta mediación. Por eso el ministerio de la predicación no consiste en propagar ideas personales, sino la palabra de Cristo. Pero esta actividad requiere un trabajo y compromiso personal que constituye un ejercicio del sacerdocio común.

Lo mismo se debe decir de la función de gobierno. Cristo mediador reúne en su cuerpo todos los hijos de Dios dispersos (cfr. Jn.11,52; Rom.12,5). La autoridad necesaria en esta unidad pertenece únicamente a él. Sin embargo los cristianos tienen necesidad de una manifestación visible de esta autoridad para poder formar efectivamente todos juntos un solo "edificio espiritual", un verdadero "sacerdocio santo" (I Pe.2,5) (cfr.Ef.2,20-22). El ministerio jerárquico de la Iglesia es el signo y el instrumento de la autoridad de Cristo, al servicio de la unidad. Los ministros de la Iglesia no poseen la autoridad personalmente, sino que la deben ejercer en nombre de Cristo. En cuanto que por medio de ellos Cristo mismo dirige su Iglesia, su actividad depende del sacerdocio ministerial. Pero este ministerio no se puede efectuar

sin un empeño de la persona (información, deliberaciones, iniciativas, decisiones), y bajo este aspecto la actividad de gobierno pertenece al sacerdocio común. En la práctica hay el peligro de centrar la atención exclusivamente en el aspecto de actividad humana. Hay que reconocer en la fe el aspecto de intervención de Cristo al someterse a una decisión legítima de sus pastores, los creyentes saben que se someten a Cristo que unifica a su Iglesia.

El sacerdote debe evitar atribuirse la eficacia espiritual de su ministerio. Pertenecen únicamente a Cristo que ilumina, gobierna y santifica. El sacerdote debe renunciar a buscar en su ministerio ventajas personales. Por otro lado su santificación personal está ligada de manera específica a su dedicación al servicio de la Iglesia. En el ejercicio mismo de su ministerio recibe abundantes gracias de unión con Cristo.

Todo lo dicho permite reconocer mejor la dignidad y los límites de los dos aspectos del sacerdocio cristiano.

El sacerdocio ministerial aparece en su grandeza y en su humildad. Es grande porque en él Cristo mismo ejerce su mediación. Es humilde porque el sacerdote no se puede atribuir la acción de Cristo. Humilde también porque es un servicio al sacerdocio común.

Por su parte el sacerdocio común parece también en su humildad y en su grandeza. Humilde porque debe reconocer que no se basta a sí mismo; necesita una mediación. Grande porque es ofrenda real, culto auténtico, transformación de la existencia.

El tomar conciencia de la necesaria participación de todos -incluidos los sacerdotes- en el sacerdocio común, elimina el espíritu de dominación existente en algunos sacerdotes, lo mismo que el espíritu de envidia que puede haber en algunos laicos, al poner de manifiesto el sentido de igualdad fundamental y de fraternidad de todos los cristianos.